

UN DÍA EN MI VIDA

De repente, empecé a escuchar un estrambótico sonido que casi hace que me caiga de la cama. Ese despertador me tenía loco, me lo quedé porque mi abuelo me lo había regalado por Navidad y puedo asegurar que eso era lo único que me impedía tirarlo por la ventana. Según el abu, era un despertador de última generación, pero, puesto a decir verdades, ese dichoso despertador no daba bien la hora.

De repente, otro irritable sonido y una fuerte sensación de peso en el pecho hizo que abriera los ojos; era mi hermano, que dormía en la misma habitación y que estaba encima de mí gritando enérgicamente como un poseso. Era el primer lunes de febrero, a las seis y media de la mañana, y esa era su forma de darme los buenos días. He llegado a la conclusión de que ningún día es bueno antes de las diez de la mañana. ¡Cómo adoro a mi hermanito! De un empujón me lo quité de encima, lo eché para el otro lado de la cama y fui a la cocina, a prepararme mi Cola Cao mañanero. Pocas cosas más buenas hay en la vida que un buen Cola Cao. Fui a desayunar al salón y, poco después, entró mi padre por la puerta periódico en mano diciendo que el sentido común últimamente escaseaba y se fue a la cocina a preparar su café, siempre con mucho azúcar. Mientras, mi madre se las estaba arreglando con mis hermanos, preparando los bocadillos y limpiando el lavabo, ya que mi hermano se había levantado y había hecho pis donde no tocaba. No se podía decir que no éramos madrugadores. Mi madre es una mujer muy trabajadora, aunque últimamente habla mucho de la carga mental que muy a menudo sufre y por eso me pidió que llevara a mi hermano a la guardería, y como buen hijo acepté, antes de que me lo dijera a gritos. Cuando por fin lo dejé en la guarda, me dirigí a mi instituto y, para ponerme de buen humor, me puse a escuchar *El último de la fila*, mi grupo de música favorito.

Diez minutos más tarde me encontraba en clase, sentado en mi mesa de la tercera fila, rodeado de chicos y chicas que gritaban como locos. Lo curioso es que sólo me hicieron falta cinco minutos, recordando aquel primer día de clase para darme cuenta de que me tocaría convivir cuatro años con aquellos seres que estaban poseídos por las hormonas y parecía que estaban plácidamente dispuestos a darme la tabarra sin necesidad alguna de esforzarse. ¡Qué asco de vida!

Una voz con un acento familiar hizo que dejara de lado mis pensamientos y que volviera rápidamente a la realidad. Era mi amigo más fiel: Curro. Curro era andaluz,

de pura cepa (como decía él), era un gran amante del jamón y un gran seguidor del Betis y del Real Madrid. Una virtud a ensalzar que tenía mi amigo era que no hacía falta que me quedase sin comer si algún día no traía comida: él siempre llevaba un bocadillo de jamón ibérico (del bueno ¡eh!) de repuesto, para casos de emergencia. Nuestra amistad se basaba en un 'quid pro quo': él me proporcionaba bocadillos de jamón y yo le ayudaba con el catalán. Me saludó, se sentó a mi lado y el profesor Benet comenzó a dar clase de matemáticas.

No soy muy buen estudiante, eso no hace falta que lo ponga por escrito, pero me esfuerzo por darle una alegría a mis padres con las notas, ya que les hacen falta de vez en cuando. Pero como me vengas a las ocho de la mañana de un lunes, después de haberme levantado de la manera en que lo hice aquel día, llevado a mi inaguantable hermano a su guardería y haberme tomado mi Cola Cao rápido y no como se merece, no me pidas que te haga un examen sorpresa de divisiones de doce números y esperar que me salga bien...

Más tarde, llegó la hora del patio y, como Curro y yo estábamos muy deprimidos porque la primera hora nos había sentado como un tiro, decidimos comernos el bocadillo de jamón de emergencia para levantarnos un poco el ánimo. Y vaya si lo hizo, porque en el ránking de las mejores cosas que hay en esta vida, junto con el Cola Cao, se posiciona el bocadillo de jamón, que está para chuparse los dedos.

Cuando acabaron las clases me despedí de Curro, pero cuando me di cuenta de la magnífica tarde de estudio que se me venía encima, ni todas las cintas de cassette que tenía en la mochila de *El último de la fila* dieron abasto para mejorar mi humor. Como ese día la piscina a la que yo iba todos los lunes estaba cerrada, tampoco me pude salvar de estudiar, así que, tan pronto como llegué a casa, me encerré en mi habitación y hasta para comer, mi madre me tuvo que pasar la comida por debajo de la puerta porque no había ni un alma que me sacase de mi cuarto.

“...y así fue como el audaz detective descubrió que la mujer a la que el joven le había dado el collar sólo era una de las muchas piezas de aquel puzzle todavía sin descifrar.”

Cerré el libro inmediatamente. No me podía creer que el libro que me había costado tanto terminar acabase así, la verdad no entiendo a la gente que le gusta tanto leer. Creo que debo mencionar que yo no me leí aquel libro porque quisiera, no, no, me lo leí por pura compasión y también porque, si no lo hacía, la profe me metía otro cero

redondo, y mi madre, que tan preocupada estaba por mí, no podría aguantar un suspenso más.

Estuve tan absorto con el libro que no me acordé de estudiar para el examen de historia que me habían puesto para el día siguiente. Se me pasaron los minutos y las horas. De repente, escuché un grito que venía del salón: era mi hermana, se ve que discutía inútilmente con mis padres, ya que no la dejaban quedar con sus amigas. ¡Qué dilema! Ella se va por ahí y yo siempre me quedo en casa, con mi hermano pequeño, que no es más que puro sufrimiento y tortura. ¡Qué vida más injusta!

Abrí la puerta de mi cuarto y, como un remolino, mi hermana pasó diciendo que era una incomprendida. No hay quien la entienda.

Volví a mi silla del escritorio y comencé a ojear la agenda. ¡Qué cantidad de deberes, por favor! ¡Un poco de compasión por mi persona! Media hora más tarde, mi madre me llamó: ya era la hora de cenar

Mi padre había preparado su indescriptible tortilla de acelgas, que según él era una de sus mejores recetas culinarias, pero ni yo ni mi hermano estábamos muy de acuerdo con eso.

Mi madre me preguntó qué había estado haciendo toda la tarde y yo le contesté muy orgullosamente que había estado estudiando. Ni dos segundos después mi hermana empezó a hablar del grandísimo problema que le suponía llevar cada día a nuestro hermanito a su guarda, ya que le quitaba tiempo por la mañana para arreglarse. Yo no sé si es que mi hermana tiene un profundo odio contra mí o es que desearía que yo no hubiera nacido, porque la muchacha no paró de poner excusas hasta que al final mi madre me dijo que, a partir de ese día, sería yo quien lo llevaría. Mientras tanto, este último miraba con cara de asco el trozo de tortilla que tenía en el plato, el cual estaba a rebosar de más acelgas que mi padre le había puesto alrededor para darle el toque "extra" al plato.

Después de cenar, pedí a mi madre que me dejara telefonar al abu porque habían pasado tantas cosas en un solo día que como no hablara con alguien, las acelgas que con muchísimo esfuerzo había ingerido saldrían disparadas por el aire, generando un grandísimo tornado que se llevaría a Barcelona entera consigo.

Cuando me fui a dormir tampoco me reconfortó el hecho de que no sabía todas las capas de la Tierra ni lo que le pasó al Imperio Romano. Ni que posiblemente suspendería el examen de matemáticas... pero instantáneamente me dio un bajón aún más profundo cuando recordé que al día siguiente tenía que llevar a mi hermano

a la guardería, aunque ese bajón se me pasó rápido al recordar el bocadillo de jamón que aquel día me había comido...

Barcelona, 1 de febrero de 1994